

Ian HACKING: *¿Por qué el lenguaje importa a la filosofía?*  
Traducción de Eduardo Rabossi. Buenos Aires, Editorial  
Sudamericana, 1979, 241 pp.

Ian HACKING, *Why does language matter to Philosophy?*, New  
York: Cambridge University Press, 1975, 200 pp.

De todos es conocido que, en los últimos años ha decrecido la atención de los filósofos hacia problemas del lenguaje. La filosofía del lenguaje ha dejado de ser el centro de la reflexión filosófica, como lo fue en los mejores momentos del positivismo y la escuela de Oxford, por lo que actualmente algunos autores sugieren para ella un lugar en el pensar filosófico análogo al que ocupan la filosofía de la matemática o la filosofía de la física. El título del libro de Hacking *¿Por qué es importante el lenguaje para la filosofía?* plantea una cuestión que quizá hace treinta años habría obtenido una respuesta categórica, pero responder a ella en nuestros días puede resultar un poco más arduo.

Con vistas a evitar las trampas conceptuales, hay dos vías en las que se ha mostrado el lenguaje importante para la filosofía: una, la que pretende establecer los sentidos de las palabras que se hallan confusos en el habla común (F. Bacon) y otra, la que partiendo de este habla común pretende hacer explícitas las distinciones que en ella se hallan implícitas (Wittgenstein). Ninguno de estos modos de interés considera Hacking que bastan para contestar a la pregunta de la importancia del lenguaje para la filosofía en nuestros días. El modo de alcanzar una respuesta o un camino para la discusión, es, para Hacking, el estudio de una serie de casos representativos que la Historia de la filosofía agrupa bajo las denominaciones: apogeo de las ideas, apogeo de los significados y apogeo de las oraciones.

El apogeo de las ideas lo explicita Hacking mediante el estudio, desde una óptica moderna, de autores como Hobbes, Locke, Berkeley y las gramáticas de Port Royal. En tiempos de Locke las ideas eran los objetos del filosofar, se expresaban en el "discurso mental" (la frase es de Hobbes) y representaban el pun-

to de contacto entre el ego cartesiano y la realidad. Pero el discurso mental corre el peligro de convertirse en discurso parroquial, he ahí donde se aprecia la diferencia entre la filosofía de Locke centrada en la teoría de las ideas y la de Frege que encuentra su centro en la teoría del significado. "Frege —dice Hacking—, como todos sus contemporáneos, mostró que la comunicación pública no puede explicarse bien por lo que llamó ideas asociadas. Locke y sus contemporáneos, no vieron esto con claridad en absoluto... Pero, como Locke expresa claramente en sus breves observaciones irónicas, la teoría de la comunicación pública (de la común aceptación o *Sinn*) no es de ninguna importancia para su filosofía. Locke no tuvo una teoría del significado" (pp. 51-52).

Al reemplazarse el discurso mental por el público las ideas resultan ininteligibles; así pues concluye Hacking: "algo en el dominio del discurso público sirve ahora como punto de contacto entre el sujeto cognoscente y el mundo" (p. 52). Afirmación que, siendo crucial en la tesis de Hacking, puede suscitar ciertas dudas acerca de la necesidad de un punto de contacto entre las ideas y la realidad. Si se abandonan las ideas por ineficaces ¿por qué pensar que necesariamente debe haber un punto de contacto? ¿por qué no pensar que la relación se produzca de otra forma o que ni siquiera exista?.

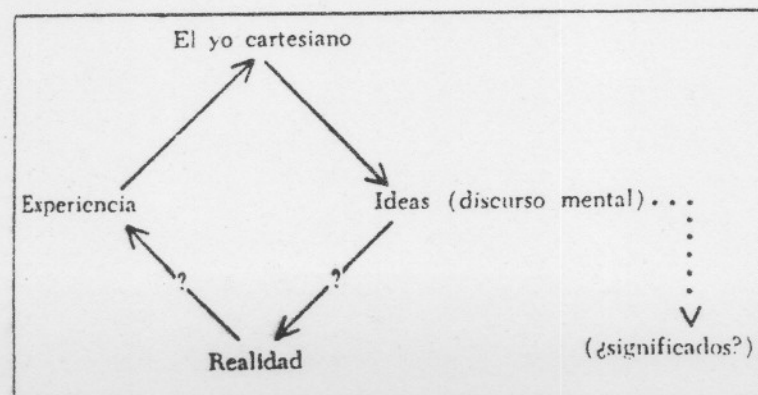
Hacking no se plantea estas cuestiones y prosigue su exposición en una serie de capítulos dedicados al apogeo del significado, en los que a través del estudio de algunos casos (Chomsky, Russell, Wittgenstein, Ayer y Malcom) trata de poner de manifiesto las dificultades que conlleva la sustitución de las ideas por los significados, lo que puede dar lugar a un idealismo, hasta cierto punto más vacío que el de tiempos de Locke: "Esto lleva a una nueva clase de idealismo filosófico que, para evitar el solecismo inherente a la palabra "idea", mejor podría llamarse lingualismo" (p. 174).

En la última década se produce lo que llama Hacking la muerte del significado. Las críticas de Quine a la traducción como precedente encuentran en Davidson y su teoría de las condiciones de verdad de las oraciones, al más destacado mentor del asesinato del significado, y en Feyerabend a su consumado artífice, cuando

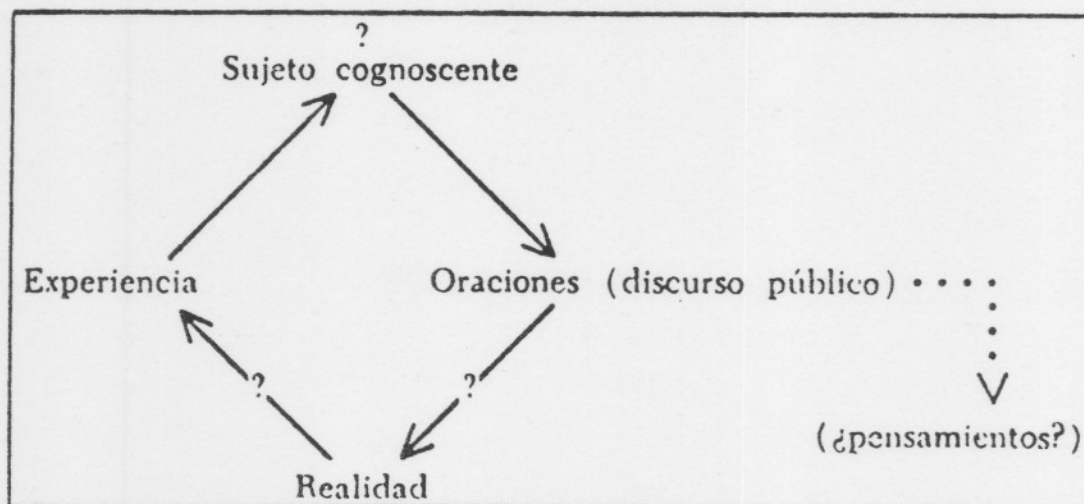
niega la posibilidad de decidir entre dos teorías competitivas mediante un experimento crucial porque “no hay un enunciado universalmente aceptado capaz de expresar lo que emerja de la observación”. El error reside en mantener una teoría del significado que no necesitamos en absoluto. Debemos dejar de lado el significado y considerar las oraciones, esto es, considerar lo que decimos no lo que significamos. No hay nada en el lenguaje además de lo que se dice. Una opinión que podría hacernos pensar que si el lenguaje tuvo quizás cierta importancia para la filosofía, no es ese el caso actualmente. Pero Hacking se inclina justamente por lo contrario pues si el discurso mental se ve reemplazado por el discurso público, la oración aparece como su elemento incuestionable, el objeto simple que se considera fundamental en la explicación de la realidad, lo mismo que en su momento lo fueron las ideas.

Una de las últimas frases del libro puede arrojar luz sobre este punto: “...tengo una respuesta a la pregunta de por qué el lenguaje es importante para la filosofía ahora. *Es importante por la razón por la que las ideas fueron importantes en el siglo diecisiete*, porque entonces las ideas y ahora las oraciones, sirven de nexo entre el sujeto cognoscente y lo que se conoce” (p. 187). Pero no se trata, dice Hacking, de una mera transición sino de una transformación radical en nuestros modos de conocer. La misma naturaleza del conocimiento ha cambiado. Lo que Hacking pretende significar es que el modo de filosofar en el período del que Locke o Berkeley son representantes y el que en la actualidad representan Feyerabend o Davidson tienen “...la misma estructura pero contenido diferente” (p. 158).

Esta similitud de estructura, dentro de la cual se produce el cambio, la plasma Hacking mediante dos diagramas en forma de cuadrilátero cuyos vértices están unidos por flechas.



Dos de los vértices, experiencia y realidad, permanecen constantes, pero en el segundo el ego cartesiano representativo del filosofar del siglo diecisiete se ve reemplazado por el sujeto cognoscente (sobre el que coloca un signo de interrogación), y las ideas (discurso mental) se reemplazan por las oraciones (discurso público).



En ambos diagramas las flechas que unen ideas y oraciones con realidad, y realidad con experiencia están marcadas con un signo de interrogación. Propone Hacking una estructura del filosofar basada en la relación entre conocimiento y realidad, así pues, aunque, como afirma, haya cambiado la naturaleza misma del conocimiento permanecen los problemas acerca del nexo o punto de contacto: las oraciones. El mismo Hacking hace notar que quizá su segundo diagrama sea ya un anacronismo pues trabajos como los de Popper ("Conocimiento objetivo") y en gran medida el concepto hegeliano de proceso sin un sujeto, hace pensar en un discurso de carácter mucho más autónomo que pone en duda (de ahí el interrogante) la existencia del sujeto cognoscente.

En cualquier caso, al final del libro, fluctúa Hacking entre dos respuestas a la pregunta que le da título. El lenguaje es importante para la filosofía en cuanto que las oraciones constituyen el nexo entre el que conoce y lo conocido, lo mismo que lo hicieron las ideas en el siglo diecisiete; pero además, entendiendo al modo hegeliano el discurso como autónomo, éste ya no se muestra como nexo en el proceso del conocimiento, sino que constituye

el conocimiento mismo; por tanto, en vista de aquello en lo que se ha convertido el conocimiento con mayor razón el lenguaje es importante para la filosofía.

Pero, adoptando este último punto de vista, podríamos llegar a diferentes respuestas. Pues si la muerte del significado trae consigo, y parece que así es, nuevas estructuras del filosofar donde no hay cuestiones centrales o fundamentales, donde "todo vale" entonces quizás se podría decir que el lenguaje es importante para la filosofía pero no más que cualquier otra cosa, puesto que todo es importante para la filosofía.

*Teresa Orduña*